

Fecha <b>16.04.2009</b>	Sección <b>Comunidad</b>	Página <b>7</b>
----------------------------	-----------------------------	--------------------



# Aguas con las aguas

Acuérdese de Churubusco, señor Luege; acuérdese de Huehuetoca. Se puede jugar con el recurso, pero éste se las cobra todas.

Ya en la Colonia, después del desbarajuste hidráulico que armaron los españoles, las inundaciones eran tan frecuentes que en 1555 se discutió en el cabildo llevarse la capital a otro sitio

**L**a historia de la Ciudad de México es, desde su mítica fundación —y en realidad desde mucho antes—, la historia del agua.

El Valle de México es una cuenca endorreica. Eso, que suena a un padecimiento gastrointestinal, quiere decir en realidad que es un lugar al que el agua entra, pero del que no sale. Por eso teníamos lagos, lagunas y chinampas.

Y también por eso los habitantes del Valle de México prehispánico fueron —tuvieron que ser— extraordinarios ingenieros hidráulicos. Desviaban ríos, creaban tierra cultivable y hasta se aventaron la proeza de dividir en dos el lago de Texcoco, salobre, y empezar a des-

alinizarlo. Cuando la obra se interrumpió con la llegada de los españoles, de este lado del albaradón de Nezahualcóyotl, que medía la friolera de 16 kilómetros de largo, había agua dulce; del otro, salitrosa.

Trabajaron como hormigas para contener inundaciones, llevar agua a donde se la necesitaba, eliminarla de donde sobraba... pero aun así padecieron un buen número de inundaciones. (Si alguien quiere asombrarse con la historia de esas obras, que haga el esfuerzo de buscar en las bibliotecas un libro publicado hace muchos años, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México*, de **Ángel Palerm**, el hombre que mejor entendió, rastreó y explicó esos trabajos.)

Ya por entonces el agua suscitaba también problemas

políticos. El señor de Churubusco quiso que le surtieran agua de un manantial del centro de Tenochtitlán. Le dijeron que no, que se iba a inundar. Terqueó hasta conseguirlo y, claro... se inundó. Eso terminó en una guerra y matanzas surtidas de las que, como de costumbre, fueron víctimas los que nada habían dicho al respecto.

Ya en la Colonia, después del desbarajuste hidráulico que armaron los españoles tapando zanjas, tumbando diques y portándose, en general, como chivos en cristalería, las inundaciones eran tan frecuentes que ya en 1555 se discutió en el cabildo la posibilidad de llevarse la capital a otro sitio. Nueva decisión política que, nos consta, no prosperó.

Y tras ésa, otra y otra y otra. En 1607, con la intención de resolver para siem-



Fecha <b>16.04.2009</b>	Sección <b>Comunidad</b>	Página <b>7</b>
----------------------------	-----------------------------	--------------------

pre el problema del agua en la capital se inició una obra que llevaría un par de siglos terminar: el tajo de Nochistongo o canal de Huehuetoca, que de las dos maneras se lo conoce, así como a su diseñador y primer ingeniero se lo llama lo mismo **Enrique Martínez** que **Enrico Martínez** o **Heinrich Martin**. Como quiera que se llamase, el pobre ingeniero, víctima, por supuesto, de intrigas políticas, fue a dar incluso a la cárcel.

Un buen día el virrey **De Gálvez** tuvo una idea brillante: para poner a prueba la utilidad de las obras mandó suspenderlas. No tardó en corroborarse que

eran bastante necesarias, pues se produjo la peor inundación registrada en la historia de nuestra sufrida capital, que cobró cerca de 30 mil vidas.

Pese a los muchos años transcurridos, el panorama parece seguir siendo el mismo: el agua se usa como arma política y los ciudadanos comunes y corrientes pagamos los platos rotos.

Ahora **José Luis Luege**, el director de la Comisión Nacional del Agua, ha decidido dedicar su energía, por exigua que ésta pueda ser en lo personal, a jeeringar a las autoridades del Distrito Federal, y a tratar de menguar su respal-

do popular con miras a las elecciones del 5 de julio. Tiene a su disposición un arma formidable: la llave del agua. Y nos la está cerrando a cada rato. Los que medio vivíamos tranquilos procedemos a estar fregados, y los que ya estaban fregados pasan a la condición indescriptible de ultrafregadísimos. Como si el distinguido militante panista jugara a las guerritas, con veinte millones de personas de rehenes.

Acuérdese de Churubusco, señor **Luege**; acuérdesese de Huehuetoca. Se puede jugar con el agua, pero ésta se las cobra todas. Y muy caras.